

tamoanchán

UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL CENTRO REGIONAL MORELOS INAH-SEP

Cuernavaca, Mor. a 9 de agosto de 1992

Director General: Efraín E. Pacheco Cedillo Epoca III Tomo III Año III No. 205 (208)

¡La panza del Tepozteco!

El texto más reciente de José Agustín

Señor, ése que dijo se llamaba Xiute, pero, ya ven, perdió el duelo....

-Xiutecutli no perdió nada- dijo Pancho, y todos se volvieron a él, parecía extrañadísimo, con los ojos

entrecerrados y respirando por la boca-. Los estoy viendo- añadió-. Sostuvo un combate feroz con mi señor Tlalóc, nueve veces cruzaron los cetros sin ninguna resolución. Al final la lucha fue tan terri-

ble que hicieron temblar a la montaña.

- Sí es cierto- deslizo Tor-, hace un rato yo sentí como que temblaba.

Era la lucha del fuego contra el

Pancho, ahora con los ojos cerrados.

-A mi este cuate me pone nervioso- dijo Tor-, parece brujo o qué sé yo.

- Los estoy viendo- añadió Pancho, incorporándose como si una presencia se hallara frente él- ¡Aquí están!

Los demás se miraron entre sí, sin comprender, hasta que de pronto un aroma de flores frescas llenó el salón y escucharon la voz de la Tona:

- Niños, escúchenme- decía la voz- ahora van a venir por ustedes, los llevarán con

Huitzilopochtli, y allí ocurrirá lo que tiene que ocurrir. Pero no tengan miedo: la salvación llegará por donde menos lo imagina. Aquel que todos esperamos está con ustedes.

Todos se quedaron calladitos, sin atreverse a decir nada, cuando la voz se desvaneció. Alain, pensativo, observó que Pancho continuaba con los ojos entrecerrados, sudando y respirando por la boca. ¿Qué se traerá?, se preguntó. Cada vez más lo sorprendía su amigo de toda la vida. También pensó que la noche anterior, cuando asistieron a la limpia de Coral, parecía haber ocurrido hacía una eternidad.

Pero no durmieron mucho tiempo, pues cuando el terrible Xipe Tótec regresó por ellos con los guardias, las luces del crepúsculo seguían, más mortecinas, en todo el cielo.

Los muchachos fueron conducidos a un patio inmenso donde se alzaba una pequeña pirámide. Las paredes estaban llenas de águilas, ocelotes y serpientes de piedra que destacaban entre las enredaderas y la vegetación profusa. A la luz del crepúsculo la vista era imponente con las innumerables antorchas que se hallaban por doquier. Una brisa leve refrescaba el paso hacia la noche.

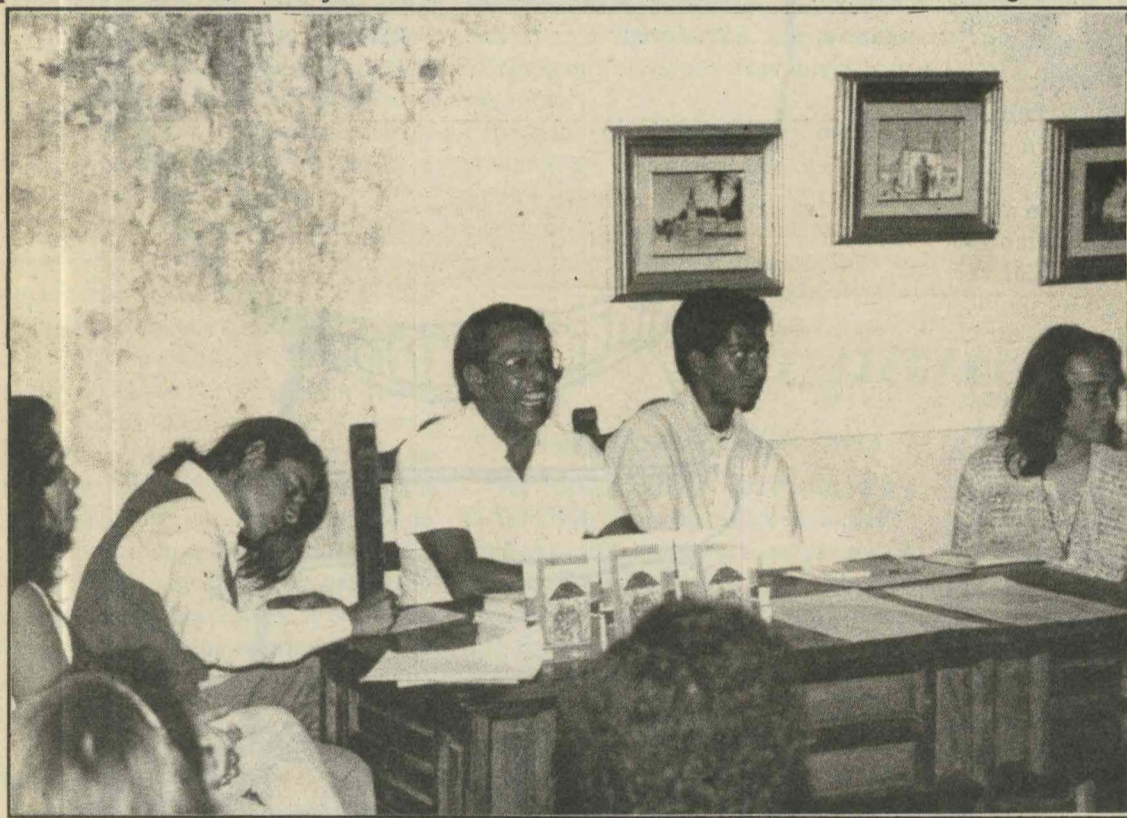
En la parte superior de la pirá-

mide, en un gran trono, se hallaba Huitz; era muy alto, robustísimo, casi negro de tan moreno, ataviado con verdadero esplendor. Junto se encontraba Pináil, su gran lugarteniente y mensajero que nunca se separa de él.

Pero había mucha gente más allí: los muchachos fueron colocados en sillas frente a la pirámide y sólo pudieron reconocer a Tona (y difícilmente pudieron evitar correr a postrarse ante ella), que se hallaba junto a Xiute, ataviado con ricos ornamentos. También reconocieron a la temible a la temible Coatlicue; a Chico o Chicomecóatl, y a Chalch, o Chalchihuitlicue. Y por supuesto al poderoso Tlalóc Tlamacazqui, y a Xipe Tótec, que había subido con los demás. Los muchachos aún no los conocían pero allí estaban también la Coyolxauqui, la vieja madre Temazcalteci, la señora Tzaputlatena, y la y la bella Tlazuntéutl con sus hermanas Teicu, Tlaco y Xucotzin, junto a las a las sombras Cihuapilti; quienes los veían con avidez porque estas últimas solían volar por los aires para enfermar a los niños.

Igualmente se hallaban Xochipilli, el señor de las flores; el gordo Omácatl, que presidía los banquetes; el oscuro Ixtlilton, el pescador Opuchtli, el mercader Yiatecutli; el tejedor Napatecutli, y el señor del pulque Tezcatzóncatl y sus hermanos Yiautécatl, Acolua, Tlilua, Pantécatl, Izquitécatl, Tultécatl, Papáztac, Tlatecayohua, Umetuchtli, Tepuztécatl, Chimalpenécatl, y Coluatzíncatl, además del señor del infierno, Mictlantecutli, su mujer Micteca y sus huestes de mictlanes. También estaban presentes los tlaloques y los demás dioses.

Todos se hallaban ataviados con su máximo esplendor, y Homero, a pesar de que posiblemente su suerte estuviese en juego, no pudo evitar maravillarse ante lo que veía.



Editorial

Carlos Barreto M.

El viernes 26 de febrero se hizo la presentación de la reciente obra del escritor José Agustín. Los comentaristas fueron. Andrés Jesús y Tino Ramírez (hijos de José Agustín) Carlos Agustín Barreto (Su texto lo leyó su hermana, Bertha) y Juan Ernesto Morales García. Todos ellos con inquietudes artísticas, que nos dieron con sus enfoques particulares una visión mas general sobre la obra. "La Panza del Tepozteco". El evento en si nos permitió conocer los puntos de vista de los jóvenes ya mencionados. Sobre una obra que supuestamente es para niños y adolescentes, pero que contradictoriamente no lo es. Esta situación permitió que los comentaristas fueran mas allá del cuento mismo. Analizaron la obra con argumentos válidos, que nos permitió visualizar a estos jóvenes como fuertes promesas dentro del ámbito intelectual.

La actividad fue presentada dentro de las actividades semanales que se tienen programadas para el Museo Regional del Oriente de Morelos (Casa de Morelos). Quisiéramos mencionar que la presencia y la participación del público es bastante motivante. Ello nos ha permitido darle mejor vida y animación al propio Museo y sobre todo mantener un interés vivo en la comunidad que viernes a viernes nos acompaña, en estas y otras actividades.

agua - prosiguió Pancho-. Tlalóc quería apagar a Xiutecutli, y él a su vez buscaba convertir en vapor a su oponente. ¿Qué grandes son los dos!

Todos miraron a Pancho, perplejos.

- Finalmente- prosiguió Pancho- Xiute fue arrinconado a Tlalóc con llamaradas que salían de su cetro. Fue entonces cuando el Desollado regresó con su grupo de hombres, y mi señor Xiute tuvo que huir, dio un salto descomunal hacia arriba y se perdió por los aires. En ese momento se encuentra con mi madre Tonatzin y los dos deliberan. Nada se ha perdido aún.

- ¿Pero tú cómo sabes todo eso? - preguntó Erika, un tanto desesperada.

- Sí, carajo, ¿como sabes?

- Les dijo que los estoy viendo- respondió

La panza del Tepozteco

Juan Ernesto Morales García

Ante todo me gustaría decirles que yo no pertenezco al medio literario, soy un completo neófito en el arte de arrastrar la pluma, o mejor dicho, en el arte de apachurrar teclas. Por lo tanto, no van a escuchar nada de técnicas, de recursos literarios, de géneros o de cosas por el estilo. Yo no soy Chucho o Andrés y mucho menos Carlos o Agustín, yo soy un simple lector como muchos de ustedes. Así que les voy a dar mi muy particular y personal punto de vista. Tal vez ustedes vinieron por que querían escuchar a una voz experta y no a alguien como yo, si así es pues se aguantan. No, no es cierto, creo que es bastante bueno esto de escuchar a otro lector, porque al fin y al cabo los libros no son sólo para que los lean los editores, críticos y gente por el estilo, sino para que los leamos gente común y corriente. Al decir gente común y corriente me refiero a gente como yo y como varios de ustedes, gente que estamos conscientes de carecer del don de crear algo bello, gente que de vez en cuando le hacemos la lucha y cuando no podemos somos felices con el simple hecho de disfrutar lo que otros hacen.

Este pequeño libro me llamó la atención desde antes de leerlo, incluso desde antes de que saliera a la venta. Primero porque se trata de un lugar que considero mágico. Tepoz me encanta, el pueblo, la comida, el ambiente. Yo soy de la gente que con solo ir una hora libre a comer quesadillas y regresar a clase soy feliz.

Por otro lado, yo viví la creación de este libro, desde que comenzó como idea, como nació, los problemas que tuvo y cosas por el estilo. Tal vez para las personas relacionadas con el ambiente eran completamente comunes, pero para mi eran cosas nuevas.

Al comenzar a leerlo, me gustó mucho al toma en que Agustín describe la vida de los niños, no se niega la existencia de nada, son unos niños

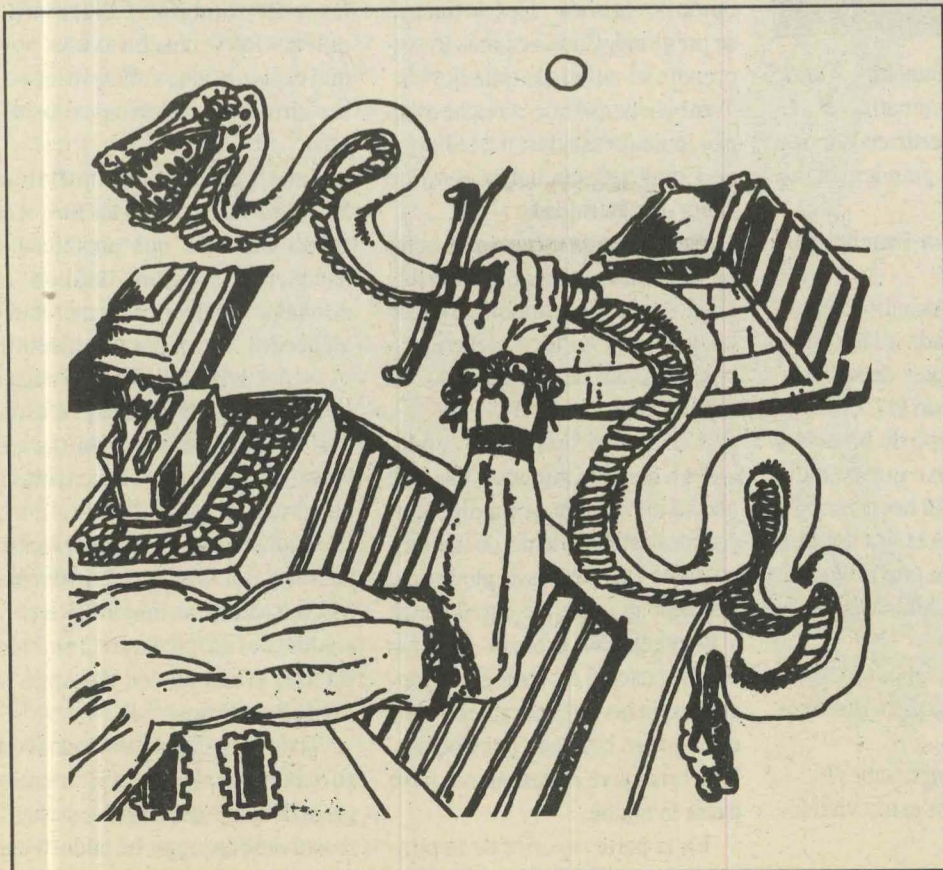
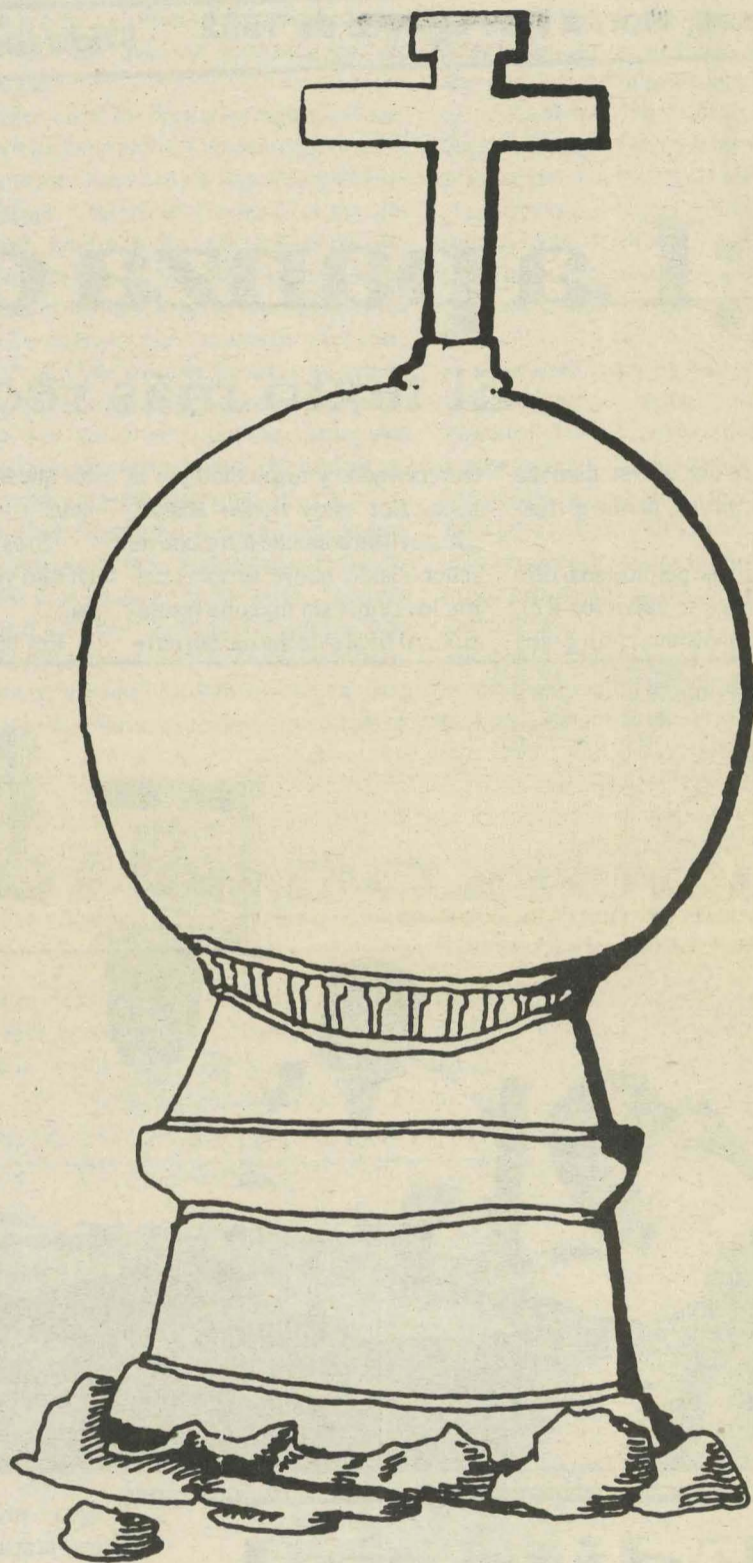
fresas que van a divertirse a Perisur y de shopping a Houston, son niños que ven TV vía antena parabólica y que diario caminan por interminables pisos de asfalto; pero también son niños que les encanta correr por los caminos empedrados de Tepoztlán, van al mercado por las tradicionales quesadillas y... bueno, ustedes saben todo lo que se puede hacer en Tepoz. Así como Alfn existen (yo entre ellos) muchas personas que con tan sólo estar una hora en Tepoz es feliz.

El libro desde el principio es bastante ameno, al pasar una a una las páginas la aventura se apodera de nosotros y no sentimos Indiana Jones (por mencionar a alguien conocido) El lugar es muy apropiado para una aventura de este tipo: selva, montes, paredes de rocas, grutas gigantescas y laberintos. Todo esto sin haber mencionado la trama. Pasa todo lo que puede suceder, para comenzar se pierden en unas inmensas, oscuras y tenebrosas grutas, encuentran a gente desconocida son orinados por un perro y están a punto de morir por unos soldados pero en el último momento son salvados por un dios azteca, no podía faltar la típica correteada en un vehículo de fuego a través de infinitos pasillos rocosos.

Por otro lado, una situación que me encantó se da cuando cuentan la leyenda de Quetzalcoátl, como él va en busca de algo. Ese algo no puede dejarlo en paz hasta que lo encuentre; Al final resulta que lo que buscaba era a el mismo. Aunque suene Ogmandinesco, esto sucede con todos nosotros, estamos en busca de nosotros mismos. Así como no niega en la historia la existencia de Houston, las antenas parabólicas y perisur, tampoco se niega la existencia de todos los maravillosos lugares de la literatura, Quetzalcoátl en la búsqueda de si mismo pasa por Arraquis, por Fantasía, por las tierras de el señor de los anillos y todos esos

lugares que nos hicieron soñar alguna vez. No se si a Agustín se le ocurrió, pero a mi me encanta pensar que Quetzalcoátl conoció a Atreyu y a Paul Atrydes, incluso me puse a

Agustín pone en boca de su personaje esta queja: "maldecía al pensar que nunca había sabido gran cosa de ellos, y en la escuela menos". Esto, queridos lectores, se los dejo a su conside-



pensar en la posibilidad que fueran la misma persona así como Kukulcan y Quetzalcoátl, podría ser Paul Atrydes-Quetzalcoátl. Así como lo estuvieron esperando en los desiertos de Arraquis, nosotros lo esperamos en los desiertos del tercer planeta.

El final pudiera parecer un poco denso, yo le hecho la culpa a la gran cantidad de nombres de dioses que nosotros nunca conocimos, yo en particular, batallaba con los tlateoatcutimomitl. Nombres de dioses que nosotros conocemos sólo de pasada, la embarrada que nos dan en la escuela. Los niños (y adultos también) conoce a lo mucho a Tlaloc y eso por se vox populi, pero de ahí para afuera nada. Eso si, sabemos bastante bien como pronunciar Stret Fighter y Mc Nugles. El mismo

ración. Nuestros niños nunca juegan que son Huitzilopochtli en gran batalla contra Quetzalcoátl, ellos juegan que son soldados de la operación tormenta del desierto.

El final, no se los voy a contar (por supuesto) pero les comentaré que a mi parecer es bastante congruente con las perspectivas que tiene nuestro país, con lo que muchas personas han estado pregonando desde hace mucho tiempo en libro como "Regina" y "la mujer dormida debe dar a luz": el resurgimiento de México como titán del próximo siglo.

por último, no puedo irme sin haber dicho nada de los dibujos. Una recomendación, veánlos con calma, están padrísimos, en cada esquina hay un detalle escondido. Ya como comentario unal, vean las páginas 93 y 108, encontrarán una grata sorpresa.

Para la panza del Tepozteco

Andrés Ramírez

La coyuntura que debe buscar un libro para penetrar a fondo es decir las cosas bien. Debe ser claro, entonces, para no contribuir al caos que está ahí con todo lo que hemos creado. Decir cualquier cosa no sólo significa escribirlo de acuerdo a lo que sea la única manera correcta de expresarlo, en consecuencia hacer que todo el libro quede claro para el lector, decir que es para "niños", es obviamente un engaño, ya que el libro -ahora se hace la presentación: **La panza del Tepozteco** de José Agustín por esa claridad con que esta expresado que a los niños les será más fácil entenderlo.

El libro está construido en cuatro capítulos, cuatro únicos puntos cardinales, que hacen una simetría básica, primero hasta inauditable, pero conforme el tiempo pase, pesara más, porque ese es el destino de los libros con alma: quedarse a custodiar la lucha de la humanidad por los siglos de los siglos. La simetría es una condición esencial para escribir claro.

La panza del Tepozteco, (alfaguara, 1972), dice las cosas bien en cualquier sentido: es una prosa alegre, fluida, que recrea a la realidad sana y salva, ahora actual; por es termina repleta de gente y la actitud de los niños son cosas que terminan sin ninguna explicación a la primera pregunta sería, como realmente es en la realidad. Pero la soltura y la clara voz de los personajes son mucho más que dos elementos, porque ellos forman la columna vertebral de esta obra.

Que la panza del Tepozteco pueda penetrar por medio de las vocecitas de los personajes es la clave de cerrar la obra. Los niños son niños y la cueva es la cueva, recalando como verdadera esencia el carácter mítico del libro, siendo su impulso quedarse plasmado en la voz colectiva, cosa que otra vez el capitalismo -y sus leyes económicas- ha distanciado por su única relación: la oferta y la demanda. Pero el arte y las obras de verdadera creación se han manifestado desde el principio, así que estos aliados no podrán perderse más. Esa es la bendición que traen los libros con espíritu místico, la primera y gran tradición de la literatura mundial.

¿Qué le pasó al misticismo que hasta el priista está fragmentado?

En la literatura siempre ha sido blanco de disquisiciones odiosas científicas y ateas, pero la verdad se que obras medulares de toda la literatura tienen un trasfondo escondido. ¿Qué será de la humanidad sin **Crimen y castigo**, o **Rayuela**? Un verdadero desastre. Con la poesía de William Blake -uno de los más convencidos en este tronco genético el extremo rasga en lo contundente, y el **La Panza del Tepozteco** esta contundencia esta en la sangre de los personajes, en su vida poderosa y electrizante como dioses, o en la ingenuidad como niños. Adentro de la cueva simplemente es como debía: un lugar para encontrar y luchar momentos claves del destino.

Isaias contestó -según William Blake en **Las bodas del cielo y del infierno**:

No he visto ni oído ningún Dios mediante una percepción orgánica y finita; pero mis sentidos descubrieron lo infinito en todo, y me persuadí, y todavía lo estoy, de que la voz de la sincera indignación es la voz de Dios. "Sin preocuparme de las consecuencias, escribí".

El hecho de que un niño Quetzalcóatl,

con Tepoztlan convertido en un tianguis jipi-capitalista, decida regresar al mundo en calidad de guerrero, cabría como metáfora dentro del espíritu de los largos versos rimados, en pergaminos destinados sólo a los profetas de entonces. A fin de cuentas eso es lo que falta. Que los ángeles y demonios ya no vengan a la tierra no quiere decir que un autor no los haga venir, es más, quizá después de ese día de Pentecostés no vengan otro camino para estar con nosotros que las letras y el arte.

Otro rasgo de **La panza del Tepozteco**, y uno de los factores que equilibran y transportan la obra, es la soltura de la voz del narrador. Saltando de situación en situación, se amolda perfectamente a los requerimientos del momento, y dejan ver joven, jovial y fuerte a la realidad descrita. Los niños y al cuerpo de la obra en sí, genera toda una red de sentimientos y vaivenes, y hacen que este libro "para niños" se asuma como poseedor del conocimiento escondido en la imaginación infantil. Por otra parte, muestra lo que es y la buena literatura sin clasificaciones estúpidas como "literatura para niños", "La edad de oro", etc.: hace sentir y suscita el cambio en el lector en ese sentido otra vez es un libro místico, pues promulga la búsqueda y el cambio, empezando desde mocosos.

Si a los niños les dan libros de textos gratuitos amañados políticamente (como futuros votantes y futuros defraudados electorales), o partidos de fútbol, aburridos, o como comerciales con sonrisas estúpidas

y modas para borregos de engorda, que clase de mundo va a quedar, si no crece la basura plástica mucho más de lo debido y nos apachurra, como ejotes. La educación impartida no sólo es mala y esquemática, puntos que el arte combate desde sus raíces, sino que reduce a los niños a entender cuestiones superficiales. Como vía alterna de conocimiento, **La panza del Tepozteco** va mucho más allá y la especulaciones quedan, con ocho niños que pudieron ver más que la televisión y sus satélites.

Si un sistema político es tan rígido y victoriando como este presidencialismo priista, donde la magia y terror por lo desconocido ya no cumplen maquiavélicos planes para terminar con esos "mitos geniales", como la imaginación y el misticismo, sólo las raíces simbólicas de este pueblo pueden devolverle el paraíso perdido. La pérdida de ritos que conecten al ser humano con la naturaleza es uno de los factores para entender porque se ha dejado gobernar 70 años con ineptitud.

Que habla un poeta llamado William Blake

Los poetas de la antigüedad animaron todos los objetos sensibles con dioses y genios, nombrándolos y con las propiedades de los bosques, ríos, montañas, lagos, ciudades y naciones y todo lo que sus vastos y numerosos sentidos podían percibir.

Estudiaron especialmente el genio de cada ciudad y país, que colocaron bajo la tutela de su deidad espiritual. Así, para ventaja de algunos, se formó un sistema que esclavizó

al pueblo al intentar hacer una realidad de las deidades espirituales o abstraerse de su objeto. De esta manera empezó el sacerdoticio, que basó sus ritos en las leyendas poéticas.

Y, finalmente, ordenaron que los dioses habían ordenado que los dioses habían ordenado tales cosas.

Así olvidaron que todas las deidades residen e el corazón humano.

El que más crece con estos libros es el cuerpo de la cultura y la sabiduría nacional, que se ha adelantado notablemente, no se diga de la mayoría de de mexicanos, sino de las rígidas y caducas estructuras que sostienen al sistema. Contra ese obstáculo, el arte crea puentes libres y macizos. Tepoztecos inmensos donde dioses comen tortillas y mole poblano de auténticas monjas.

La evidente brecha -un abismo- entre el desarrollo del arte y el desarrollo de la pobreza en México, marca el freno impuesto por el sistema presidencialista mexicano a la democracia y a la igualdad social.

Decir las cosas bien es asumir todas las responsabilidades como creador. Si el poder que lo mueve y tiene en punta de flecha es honesto y no blasfemo, en el sentido de atentar contra la verdad, libros como **La panza del Tepozteco** merecen dibujos de Tino y portadas de Maciel, y uno que otro niño esperanzado en el futuro. Decir las cosas bien es decir la verdad, en su sentido más integral completo, vivo, que puede un artista desear. Por eso **La panza del Tepozteco** trae la espalda y un ejército enfurecido contra el enemigo.

La panza del Tepozteco

Carlos Agustín Barreto

Al cobijo de las bendiciones de Ometochtli (Dios del pulque sin curar), José Agustín lanza esta propuesta de cuento juvenil (aunque no necesariamente) sin recatos específicos y con una implícita preocupación de que se cambie al nintendo por Sahagún.

En este libro, Agustín sintetiza al chilango impaciente y apresurado para páginas más tarde hacer recreo de lo que la mitología azteca no nos dice: Dónde estuvo Quetzalcóatl y por qué aún no ha regresado, porque aún, y más ahora, lo seguimos esperando.

Con un estilo sobradamente libre por el que dos o tres mexicanos lo descorazonarían al más puro estilo de la Chora, José Agustín encuentra en el místico Tepozteco y, más aún, en su vientre, la residencial ideal para los dioses retirados y un tanto frustrados que, como Huitzilopochtli, no supieron dar fuerzas suficientes a los aztecas para derrotar a los peninsulares.

Tonantzin es madre cariñosa, madre de todos, noble e irrencorosa, que ha olvidado ya a Fray Juan de Zumárraga y a Juan Diego que la cambió por Guadalupe, seguramente los habrá perdonado al igual que a los destructores de sus templos. Aquí Tonantzin es una especie de Virgilio, de cariño inmenso, para los entonces ocho aventureros.

Tezcatlipoca de tan viejo y sabio se ha vuelto bonachón y aparece como



La panza...

borracho o como perro pelón y meón que identifica su encierro y su resignación por que nadie se acuerda ya, si quiera, de ofrecerle un corazón.

El autor se permite jugar con sincretismos y cosmovisiones que mexicanizan (es decir, hacen mestizo) el relato: Selene daba justa medida y orden a su vida, especialmente en la religión. La religión católica tan llena de sincretismos que pierden entre lo católico y lo mexica, la tolteca, lo olmeca, lo xochimilca, lo tlahuica; su razón de encomienda, la Inquisición y Torquemada o el 12 de diciembre al ritmo de los concheros, encuentra en Selene, la niña más pequeña del grupo, su justa dimensión o la pierde por completo.

Rezan en las cavernas, rodeados de dioses y diosas aztecas sabios, rudos, dulces, cachondas, que tal vez sería su real personalidad si se desprendieran de relieves o bajorrelieves. Rezan, en fin, sin saber a qué, a quién o por qué rezan. Es la cultura del rezo por miedo, de los ídolos tras el altar, de la idolatría, que de tanto serlo pierde imagen de lo odiado y se encuentra imbuida en un híbrido religioso con la imagen de Cristo tallada en piedra.

El Pater Noster debía, entonces, cambiar y decir "la tlaxcalte nuestra de cada día...", y olvidemos el pan del decimosexto, así como el Salve Regina que revelan en sí trastornos culturales que se asumen en sí mismos, como el verdadero cáliz de la aculturación. Y sino, como propone Agustín, que nos muestren las diferencias entre la hostia hispana y los panecillos de maíz que los indígenas engullían para tener dentro cuerpo y sangre de Huitzilopochtli, o a los antropófagos caribes que devoraban al valiente como homenaje y transmisión de su calidad superior.

Los dioses son modernos a su modo y a la medida que sus fuentes de poder y las limitaciones propias que les puede imponer el vivir en la panza de un cerro les permiten: Xiutecutli se transporta en un carruaje virtual a la velocidad turbo. Pero el pensar de los dioses envejecidos también se han modificado y pareciera que en su deprimente encierro han terminado por aceptar las condiciones del piadoso dios importado: "Hemos acordado no hacer más sacrificios, en un tiempo funcionaron, pero ya no". Han comprendido que ni los sacrificios ni las torturas

inquisitoriales son ya funcionales en la época del salinato y el más rabioso capitalismo mundial, leído en las entrañas de Tor por Huitzilopochtli.

Algunos han comprendido que es mejor ser irreverente y cordial antes de ser un sangriento radical con afanes de impasible continuidad: ¡Cuidado o te vuelvo a mear!, dice Tezcatlipoca. Parece que ser dios es garantía de ser racional.

Pero cuando Agustín tiene en sus manos a Quetzalcóatl, especula, filosofa y propone: durante su legendario viaje a Tullan Tlapallan (o Pa Tullan, Pa Civan), Quetzalcóatl encuentra su justa dimensión como dios y la de sus creyentes como cultura. Descubre a los demás dioses, pero cuando pretende hacer un congreso de éstos, encuentra una dificultad: Todos son uno mismo. Sólo hay un dios y por lo tanto una religión diferenciada sólo por su tiempo, espacio y cosmogonía.

<<Pues claro que son divinos, tarada, son dioses ¿no?>>, dirá más tarde Alafn. <<No son dioses, es Dios>>, pensará alguno de ellos, mientras Quetzalcóatl se reconoce en Wiracocha, Brahma, Shiva y Vishnú, la Piedra Negra. Alá Zeus y la Biblia se refleja en el Islam,

el Popol Vuh, los Anales de los Cackchikeles.

Con doña Guillermina, la curandera, madre de Pancho y limpiadora de cabecera de Coral, la madre de Alafn, se recrea nuevamente el mito de la concepción de un Dios: Un misterio parecido al del espíritu santo con María o a la famosa famosa escupitina a la madre de los gemelos en el Popol Vuh parecen dar cuenta del nacimiento de Pancho que "sabía sin saber, que era Quetzalcóatl", pero cuando lo supo plenamente, doña Guillermina también supo que no iba a regresar, porque "se quedó con unos amigos", los que a través de los profanos jovencitos, encontraron sus propios ojos a la superficie.

Con esta obra "juvenil", pero perfectamente sincrética y diacrónica, Agustín puede ser el tutor inicial de algún joven o, aún, un niño, o quizá el iniciador de una doctrina religiosa totalizadora. Pero pensamos aquí que con esta obra podría ser elevado al rango de cihuapiltin (o más bien tlacapiltin), aunque ni con ésta, ni con sus anteriores obras, haya muerto de parto.

Carlos Agustín Barreto
Cautla.

La panza de mi tepozteco

José Agustín intenta llegar al centro del Tepozteco bajo las leyes (o la ausencia de leyes) de la literatura: se puede estar en cualquier parte del cuerpo y el alma de México sin abandonar el cuarto oscuro y luminoso que funciona como estudio, oficina, cárcel o trono. ¿Cómo besar las fuentes de Tenochtitlán? ¿Cómo sentir pavor ante los cadáveres llenos de vida que forman el cuerpo de Coatlicue? ¿Y cómo tocar la lejanía de Quetzalcóatl? El camino de la investigación científica largo y frío, pero la experiencia deja al escritor cerca del olor a tierra de sus antepasados todavía presentes. Yo lo sé porque ya leí el libro. Los dioses de México están en ese monte alucinante que de alguna forma no observa, pero también están es la panza de mi Tepozteco, la panza que tengo en la cabeza. Y no sólo eso: allí adentro, los dioses hacen comida mágica, juegan en el cielo, se transforman en animales y luchan por decidir si deben o no regresar al mundo de los seres humanos. Hay todo un revoltillo, una loquera en la panza del Tepozteco. Para saber esto, José Agustín tuvo que ir contra en tiempo, hacerse más joven, casi niño, porque (ya

lo dijo mi Tocayo hace casi dos mil años) para ver a los dioses hay que ser como los niños. La panza del Tepozteco es un viaje a la mente colecti-

va y oculta, a la región donde todavía viven los dioses de nuestros antepasados mexicanos.

Gracias a ella me ref con

las bromas siniestras de Tezcatlipoca, me dio hambre al leer acerca de los alimentos inauditos de la madre Tonatzin, y me pude ver en el

espejo humeante de la ciudad secreta. Y también, con la ayuda de este libro, ahora sé que Quetzalcóatl puede estar aquí mismo, entre nosotros.

